

ATROFIA PROFESIONAL

Vivimos en la era de la velocidad tecnológica. La competencia en el mundo de la producción, la información y la comunicación, nos está deslizado a todos por un tobogán con la rapidez meteórica de una contienda galáctica.

Ante esta situación, no tenemos sino dos alternativas: incorporar a los viajeros del tobogán o contemplar plácidamente el paso vertiginoso de quienes viven el ritmo de la historia.

Sin pretender que esta reflexión caiga en los extremos señalados, será bueno recordar que, como educadores, no podemos permanecer indiferentes a los cambios sociales, muchos de ellos derivados de cambios tecnológicos.

La pedagogía es una ciencia que, en sí misma, no se ha distinguido por una audacia renovadora. Tampoco el educador ha sido un profesional altamente motivado hacia la renovación y actualización. Ha venido siendo más cómodo aplicar los mismos principios, observar las mismas reglas, manejar los mismos métodos y exigir las mismas obligaciones.

Podríamos asentir que un gran porcentaje de educadores está padeciendo del mal de «atrofia profesional».

En educación, se vive el pánico de la innovación porque atenta contra un «sedentarismo» que colma todas nuestras aspiraciones y nos permite vivir en el remanso pacífico del nido del perezoso, o en el hogar sagrado de lo «propio», lo personal, lo individual.

Caer en este error, equivaldrá a:

- atentar contra una realidad, historia de hoy, vivida por el alumno y el mundo que lo asedia.
- olvidar el presente y seguir teniendo en cuenta el pasado para iluminar nuevos caminos.
- ver las cosas desde una perspectiva histórica irreal, inadecuada, desfasada.
- querer imponer soluciones al presente desde teorías o principios únicamente válidos en el pasado.
- desconocer la evolución del pensamiento social, del comportamiento humano y del dinamismo interpretativo de la ética humana.
- negar la capacidad creativa de las nuevas generaciones que se rebelan contra estructuras estáticas prefabricadas y reductoras.

Así, nunca lograremos la meta primordial de un moderno sistema educativo: «lograr que el alumno asuma los retos de su propia formación para poder hacer frente a las exigencias de una siempre nueva sociedad».

Nos toca, pues, a todos los educadores, y principalmente a los educadores católicos, vivir una actitud de alerta renovadora en lucha constante contra el facilismo, la comodidad, el inmovilismo,

la flojera y el indiferentismo, para así:

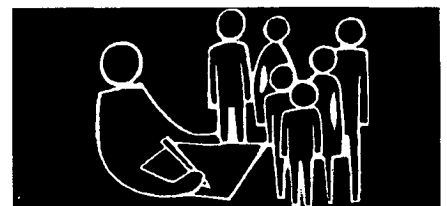
- dar una respuesta actualizada a inquietudes y planteamientos.
- orientar desde lo que se vive, se interpreta, se analiza y se discute.
- ser siempre elemento de referencia, como quien posee o está en búsqueda de la verdad.
- poseer la capacidad de analizar situaciones nuevas desde un contexto histórico actual, encarnado en una realidad social dinámica.
- iluminar el camino de niños y jóvenes desde la luz de la verdad del Evangelio, cuyos principios éticos y morales gozan de permanente vigencia.

Frente a estas obligaciones educativas, nos corresponde la tarea de:

- estar atentos a los cambios sociales y a las consecuencias derivadas de los mismos.
- revisar la «verdad» de nuestros conocimientos con mente renovadora y curiosa, como quien desea siempre estar listo para dar una respuesta acertada.
- actualizar nuestros métodos y procedimientos, como una respuesta a las exigencias de mentes jóvenes que requieren soluciones diferentes para situaciones distintas y cambiantes.
- retomar la valoración de los principios de nuestra fe y cultura religiosa para poder impartir una verdad y exigencia morales que son pilares de una sociedad justa y fraterna.

La invitación es a involucrarnos en procesos de renovación y actualización para evitar caer en esta fatídica atrofia profesional. ■

José Pereda Núñez es el Superior Provincial de los Hermanos de La Salle en Venezuela



José Pereda Núñez